

EL ESCORIAL

Cuenta la leyenda que cuando Felipe II de España encargó a Juan Bautista de Toledo y a Juan de Herrera diseñar el proyecto del Palacio Real y del Monasterio de El Escorial les dijo: «Hacedme un edificio que haga creer a la posteridad que estábamos locos.»

A diferencia de los verdaderos locos que tanto abundan en la historia, de esos que intentaron estampar su locura en los mármoles de los edificios, Felipe, tras recibir el trono de su padre Carlos V, que se había retirado prematuramente al Monasterio de Yuste, era consciente de su obligación de levantar un «monumento» que afirmase la grandeza de España (al fin y al cabo, en su imperio no se ponía nunca el sol: era rey de España y de las Indias Occidentales, de Nápoles, de Sicilia, de Milán, de los Países Bajos y de las islas Filipinas), y que se erigiera asimismo como infranqueable barrera católica contra la Reforma protestante. Digamos que por motivos contingentes «no le quedaba más remedio» que ser megalómano, sin dejar de ser perfectamente consciente de su megalomanía. En definitiva, que quien afirma estar loco sabe lo que se dice, como reza un proverbio gitano.

El Escorial se yergue a unos cincuenta kilómetros de Madrid, en las faldas de la Sierra del Guadarrama, y domina el ameno pueblo de San Lorenzo de El Escorial, que con el paso de los siglos se ha ido creando a su alrededor. Desde el centro de Madrid se llega fácilmente con un cómodo tren. El lugar es el perfecto «buen retiro» para el viajero que desee desintoxicarse del estrés ciudadano: bosques solemnes, viviendas de sobria elegancia con tejados de pizarra de tipo alpino (nieva bastante en invierno), plazas donde juegan los niños que son punto de encuentro para que charlen las personas. Visto desde fuera, el edificio, mastodóntico y severo, tiene un aspecto hosco (su planta arquitectónica reproduce una parrilla en recuerdo del suplicio de San Lorenzo, mártir que murió abrasado sobre carbones). Sus maravillas están en el interior, por lo que resulta aconsejable pagar la entrada completa (puede adquirirse también una parcial) para visitar todo el monasterio: la basílica, las Salas Capitulares, el panteón, la biblioteca y las galerías de pintura. La última piedra del edificio fue colocada en 1584, pero de las obras de decoración quiso encargarse personalmente Felipe II, que le había cogido cariño a su «locura» y que pasó aquí largos periodos hasta su muerte en 1598.

Felipe dominaba el mundo entero, pero del mundo amaba la variedad de culturas: buen ejemplo de ello es la riquísima biblioteca (más de cuarenta mil volúmenes) con manuscritos, incunables y del siglo XVI en griego, hebreo y árabe, entre ellos un precioso Corán miniado del siglo X. Los frescos miguelangelescos del techo de la biblioteca son de Tibaldi, mientras que los de las bóvedas de la basílica y de la galería de las batallas son de Cambiaso y de Giordano. Pero las emociones estéticas más intensas nos aguardan en la galería de pintura: una *Asunción* de Veronese, asombrosa, con el Ángel sosteniendo un jazmín del tamaño de un abe-

to. Y un Velázquez que a primera vista parece un Piero della Francesca y que sin embargo no deja de ser a la vez un Velázquez hasta extremos imposibles. Y además un Tiziano. Un Tiziano tan sublime (una *Última cena*) que sólo puede describirse con el adjetivo «sublime». En una de las capillas hay una joya inesperada: un crucifijo de mármol blanco de Carrara clavado en una cruz de madera negra. Cellini lo esculpió hacia 1560 para colocarlo en su propia tumba de la iglesia de la Santissima Annunziata de Florencia, pero un gran señor de la familia Médicis lo convenció para que se lo vendiera y poder regalárselo al rey de España.

Para compensar las excesivas dosis de austeridad y de sublime que la visita inevitablemente conlleva, bajar a pie hasta el pueblo puede resultarnos de ayuda. Y una cena en una de las numerosas casas de comidas de la plaza aún más. La especialidad de Madrid y los alrededores son los *callos*: podemos contrapesar lo sublime de manera egregia.